



MAR DE TINTA

Raquel Villar
Ilustrado por Alberto Esteban

MAR DE TINTA



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raquel Villar

© Ilustraciones; Alberto Esteban @jec21.illustration

ISBN: 978-84-19595-44-7

ISBN digital: 978-84-19595-45-4

Depósito legal: M-30044-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis miedos.
Por inundarme la mirada.
Y llenarme el corazón de versos.*

PRÓLOGO

Este libro no es un poemario.

Tampoco una novela, ni un cuento, ni un diario.

Este libro va de emparar la pluma en un tintero de emociones y hacerla navegar por el papel cuando ya no te caben dentro.

De sentir, y sentir bonito.

Este libro va de todas esas cosas que a veces no se pueden explicar, pero se viven.

Que a veces no se pueden expresar, pero se sienten.

De cómo tiemblan los pedacitos de tu alma al escuchar el sonido del timbre cuando el señor Amor llama a tu puerta y les pilla con los rulos puestos y el café a medio hacer, sin haber tenido tiempo de reconstruirse.

Del miedo que te acompaña desde el momento en el que dejas que los sentimientos se sienten en el rellano de la escalera, a ratos, hasta que decides invitarles a entrar.

A entrar y desbordarte entera, y amar, aunque a veces cueste. Amar, aunque a veces duela.

Este libro va de los poquito a poco, de los sin prisa, pero sin pausa, de los no sé si dejarme llevar o echar el freno, de los pelos de punta y el corazón en carne viva.

Este libro va sobre mí, pero también sobre ti.

Sobre cómo de bonita se ve la vida cuando me ayudas a escribirla tú.

PRIMERA PARTE
MAREA EN CALMA



YO NO SÉ ESCRIBIR POESÍA

Yo no sé escribir poesía.
Pero sé que entre las letras de tu nombre,
bailan versos,
que suspiran al son de la melodía más bonita que puedas
imaginarte.

Y al llegar al estribillo,
el sonido de tu voz, mientras me miras,
me provoca hasta tal punto que ya no sé si llevo el ritmo,
o si lo pierdo entre tus dedos,
cuando al cerrar los ojos,
los siento recorrer mi cuerpo,
pulsando con dulzura,
las teclas del piano de cola que llevo a mi espalda.

Y aunque otras manos
traten de componerme y descomponerme entera,
respiro tranquila,
en silencio,
sabiendo que solo tú conoces las notas que me inspiran.
La canción llega al final,
y rima tu risa en mi pecho
llenándome el alma de vida.

En asonante y en consonante y como te dé la gana.
Pero no dejes que se acabe.
Y no,
no sé escribir poesía.
No tengo ni idea.
Pero qué quieres que te diga, a estas alturas.
Por ti, hace tiempo, que en mis sueños,
soy poeta cada día.

25 DE SEPTIEMBRE

Era domingo por la tarde.

Las hojas caían lentamente de los árboles, y tú caminabas despreocupadamente sin pensar en nada.

La brisa fresca del lago revolvía tu pelo liso, despeinando las horas que transcurrían lentas y anodinas en las calles andaluzas.

El olor de las flores asomaba en los balcones de aquellas mujeres que con su acento hacían sonar melodías en cada rincón de su cuerpo y de su alma. Entonces me miraste,

con esa cara de «Ven a comerte el mundo conmigo aquí, ahora».

Hoy.

Hasta que no sepamos lo que pasará mañana».

Me mostraste tus hoyuelos sujetando la sonrisa más bonita que recuerdo, y desde aquel preciso momento supe que no mentías.

Estaba a punto de llegar lo mejor que me pasaría en la vida.

MAGIA. PARTE 1

De entre todas las actividades que el circo en el que trabajaba su familia le ofrecía, tenía claro que nunca sería Maga. Le resultaba demasiado triste asumir desde el principio que existía truco, y conocerlo. Al espectador siempre puede quedarle la duda, por escéptico que sea siempre puede contar con la posibilidad de creer.

Ella no creía en la magia desde el día en el que le rompieron el corazón. Le llevó tanto esfuerzo recoger los pedacitos y recomponerlo que lo había encerrado en una armadura hermética y fría, difícil de alcanzar y más todavía de destruir. No se había vuelto a enamorar nunca. Encaprichado sí, muchas veces, pero al final siempre se aburría, o le aburrían, o quería creer que era aburrimiento y no miedo a terminar enamorándose de verdad, lo que realmente sentía. No quería pasar por aquello otra vez... no quería que le hicieran daño, aunque egoístamente en ocasiones terminara por hacerlo ella. Tampoco es que lo pusiera muy fácil. Siempre decía lo que pensaba, y no lo que ellos querían escuchar, y eso es algo que en ocasiones puede confundirse con pedantería o prepotencia... así de mal valorada está hoy en día la sinceridad. A veces se que-

daba callada como si el mundo no fuera con ella, como si la vida diera vueltas a su alrededor mientras ella caminaba en anodinos círculos, como si bogara como un escualo moribundo alienada en un estado de ataraxia y sin rumbo fijo. Hasta que un día, en medio de uno de esos círculos sin sentido y de la manera más inesperada, se encontró con la horma de su propio zapato.

Se encontró con él.

HACER CAFÉ

Yo ya no creo en el amor, pero mi abuela siempre me decía que el amor que siente alguien por ti depende del tipo de café que te prepara.

Y no, ya no creo en el amor, pero el amor debe ser como el buen café:

Fuerte, caliente y a diario.

Sin que canse, ni agobie, pero sin dejarse olvidar.

A veces basta con pequeños detalles,
como esos cortados rápidos que te dejan buen sabor de boca, y cuando te acaricias los labios con la lengua te quedas con ganas de más.

Yo ya no creo en el amor, pero el café, como el amor, hay que saber hacerlo lento,

disfrutando de su aroma desde que comienza a envolverte sin que te des casi ni cuenta hasta que acaba penetrando por todos y cada uno de los poros de tu piel.

Hasta que el simple hecho de respirar su esencia te haga cerrar los ojos. Cerrar los ojos, y sonreír.

Aunque no le tengas cerca, como ese café que te tomas solo, sin si quiera azúcar, pensando en la última vez que te lo tomaste con alguien.

Con ese alguien.

Y no, ya no creo en el amor, pero llego a casa y te veo ahí, con el café recién hecho y la sonrisa puesta de pijama, y pienso en lo jodidamente bonito que es sentir que te pierdes en la miel de mis ojos, endulzando el café de los tuyos.

Y de verdad que no creo, de verdad que no..., pero cuando puedas, prepárame otro a mí también, que hoy no me apetece dormir.

Yo ya no creo en el amor, o no quiero creer que creo.

Pero creo en ti.

HIGHWAY TO HELL

Es sábado, y tú estás sentada junto a la ventana, dejando balancearse en la mecedora tu delicado cuerpo mientras disfrutas del aroma del café recién hecho y escuchas el sonido del leve traqueteo del tren.

Suena AC/DC de fondo, *Highway to Hell*, una de tus canciones favoritas, y sientes cómo la piel se te eriza mientras lees ese libro que hace días encontraste junto al rincón de tus retrospectivas vivas.

Ese que hace que valores los pequeños detalles, aunque a veces te cueste exteriorizar lo que sientes.

Que te pasees por la casa desnuda y despeinada sin importarte lo más mínimo cruzarte con el espejo, porque eres preciosa.

Que te quieras tal y como eres y no aceptes a nadie que intente cambiarte, ensuciar tu esencia, romper tu alma en pedacitos para que tengas que agacharte al suelo a recoger los cristales.

Que sonrías.

Con esa sonrisa tan imperfectamente perfecta, tan que se deja asomar en un paréntesis con cada uno de sus besos.

Los recuerdas y te muerdes el labio inconscientemente, deseando que estuviera a tu lado para podértelos dar.

Te preguntas entonces cómo pudiste olvidar aquel libro durante tanto tiempo, cómo te conformaste escribiendo historias de otros, para otros, sin pararte a pensar en la tuya.

Escuchas su voz al otro lado del teléfono, y entonces respiras tranquila, y a pesar de la distancia te sientes otra vez como en casa.

Porque llamamos casa a cualquier lugar, momento o persona, en el que el corazón se siente tranquilo.

En el que el corazón se siente libre.

En el que el corazón se siente feliz.